

LA ESPERANZA A FINES DEL SIGLO DIECIOCHO

Antonio Lería

© del autor

Ecce Homo. Boletín Informativo de la Hermandad de la Esperanza.
Carmona, número 7, marzo de 1999, páginas 51-53.

En el número anterior de este boletín, hace, ahora, un año, indicábamos los fondos documentales a consultar en primera instancia, a falta de fondos propios de la cofradía de la Virgen de la Esperanza, para conocer la evolución de nuestra hermandad durante el antiguo régimen, es decir, para aproximarnos a la primera mitad de su existencia. Animando con ello a la búsqueda sistemática, tanto en el archivo parroquial de San Salvador, municipal y protocolos de Carmona, sobre todo, como en el general del arzobispado de Sevilla.

Y aportábamos como ejemplo alguna noticia sacada de cada uno de ellos, salvo del archivo de protocolos, porque hasta entonces lo habíamos muestreado sin fortuna.

Qué agradable sorpresa encontrarnos páginas adelante del mismo número del boletín con la transcripción del inventario de la cofradía dado por José Valdés, hermano mayor saliente, a Cristóbal Vázquez, entrante, a seis de junio de mil setecientos ochenta y cinco (*archivo de protocolos de Carmona, primer oficio, escribanía de Diego Piedrabuena, libro sin signatura, folios 186 recto - 190 recto*). Lástima de ciertos errores de bulto en la transliteración y la puntuación -como “Trece túnicas. Lo verás, con su capirotos y sogas”, en vez de “Trece túnicas loveras con su<s> capirotos y sogas”- que, a veces, la hacen incomprensible.

Pues bien, semejante acta notarial, entre otras cosas, permite acercarnos a la procesión de penitencia de la Esperanza a fines del siglo dieciocho, inmediatamente después de su cambio material de sede.

Por ella sabemos que la campanilla abriría la procesión, seguida inmediatamente de la manguilla y, detrás, el estandarte y el simpecado, por este orden. Estas tres insignias eran de tela verde, bien en terciopelo o bien en seda, rematadas con cruces de plata; como de plata era el vástago de la manguilla y la leyenda "*ave, gratia plena*" del simpecado. Cada una de las tres iría en el desfile flanqueada por sendas varas de alcalde en madera con

remate de hierro plateado, encabezando otros tantos tramos de cofrades e invitados, uno de ellos compuesto casi en exclusiva por el clero, con la cruz parroquial del Salvador. La comitiva de Cristo estaría formada por los dos primeros tramos y la de Virgen por el último. De manera que un orden bastante posible sería: campanilla, manguilla, cuerpo de la hermandad con el estandarte entremetido, Cristo, San Juan, simpecado, clero, convite y Virgen.

Los cofrades que llevaban la campanilla, las insignias y las varas vestirían las referidas túnicas loberas en señal de luto, con capirotos y sogas a modo de cingulos, y también los que presidían los pasos de Cristo, San Juan y Virgen, uno por cada una de ellas. En total, trece hermanos. Y otros tres a rostro descubierto vestirían las túnicas perdoneras, encargándose de pedir limosna en la calle entre los espectadores con sus “demandas de azófar”.

Los demás miembros de la comitiva lucirían traje de serio -traje de gala o de domingo, como se decía hasta hace poco- salvo el clero, lógicamente.

El paso de misterio escenificaba la presentación al pueblo sin anécdota ni figuras secundarias, sólo con los protagonistas asomados a un balcón dorado con vidriera sobre andas igualmente doradas, decoradas con cuatro ángeles. Jesús y Pilatos: “ahí tenéis al hombre” (Juan 19,5). *Ecce homo*. Jesús con caña de plata sobredorada, corona y potencias de plata, y púrpura recién estrenada de terciopelo carmesí bordado en oro con broche de plata, que sustituyó a otra prácticamente idéntica, pero tachonada con estrellas de plata, utilizada entonces a diario; y Pilatos con túnica de raso azul y capa verde.

San Juan salía en su propia panhuela sobre una peana dorada, con túnica y cingulo de seda, capa de “laberinto” verde con galón de oro falso forrada en tafetán, y diadema de plata cincelada.

Y Nuestra Señora de la Esperanza, vestida de sacerdotisa bajo palio de seis varales, tres por banda. Con camisa de Bretaña, zagalejo, naguas blancas, toca de estopilla, saya, estola con atributos de la pasión en plata, manto de terciopelo negro con puntas y estrellas de plata, toalla en las manos y corona de plata a la cabeza; usando a diario otra camisa distinta, naguas, toca, saya, estola vieja sin atributos, porque pasarían a la nueva, y manto de tafetán. Iba en parihuela sobre una peana con los lados plateados y el frente de plata cincelada con guarnición de bronce, iluminada por dos faroles, bajo un palio de cajón con techo y bambalinas de terciopelo “con guarnición, puntas, letras y dos marías de plata” -muy parecidas, por tanto, a las actuales de la hermano: dad del Nazareno, en Carmona- sostenido por varales con seis cañones de plata cada uno, bása, nudillos y remate de bronce, los cuatro de las esquinas con alma de hierro para mayor fortaleza y los dos interiores de madera.

Las efigies citadas todavía existen y salen en procesión, salvo la de Pila tos. Aunque, en honor a la verdad, es cierto que unas han perdido el norte de la iconología y otras la iconografía de entonces, es decir, unas el carácter y otras la factura con que fueron concebidas. Incluso la figura del Ecce Homo tiene ahora por advocación a la Coronación de Espinas, ha dejado la púrpura y ha cambiado la corona de espinas de plata por otra natural, si bien mantiene la hechura intacta, restaurada pero intacta, y conserva la caña sobredorada y las potencias flordelisadas que aparecen en el inventario. Por su parte, los ángeles eran pasionarios y son turiferarios, cuando originariamente debieron llevar filacterias, en vez de otra cosa; con todo, mantienen también la hechura. Sin embargo, la Virgen y San Juan la han perdido, gracias a las intervenciones sufridas en los últimos tiempos.

Además de estas esculturas, el inventario cita, escueta y literalmente, “medio cuerpo de la imagen antigua, sin brazos”, que debe referirse a una talla de candelero, posiblemente a una Virgen anterior, y menciona a otro Ecce Homo y a un Niño Jesús con sus enseres.

Se trataba de un Ecce Homo de pequeño formato, cobijado en un templete limosnero con el que se pedía en la plaza de Arriba sobre una mesa, con su sobremesa y mantel. Costumbre documentada en otra hermandad carmonense hasta muy entrado el siglo diecinueve y recordada, salvando las distancias, por las capillitas con cepillos incorporados que aún andan de casa en casa entre los devotos de María Auxiliadora y similares.

Por último, un Niño Jesús vestido con traje de terciopelo carmesí o raso coloreado, según la liturgia, con potencias, mundo y zapatos de plata, que recibía culto en el altar asignado a la cofradía en el nuevo Salvador, cuyo mobiliario particular estaba compuesto por una lámpara para la iluminación permanente de los titulares, un atril y cuatro candelabros sobre la mesa, cubierta con hule y mantel.

Aparte de lo dicho, José Valdés entregó a Cristóbal Vázquez un relicario de plata con Jesús y San José, la rejería de “la capilla de la iglesia vieja” de San Salvador y el libro de regla, único documento recogido en nuestro inventario, porque, seguramente, las actas y el asiento de hermanos estarían en poder del secretario, y las cuentas y el callejero, en poder del mayordomo. Más cuatro cajones para guardar ropa y enseres procesionales.

Estos eran al parecer los bienes muebles de la Esperanza en el verano de mil setecientos ochenta y cinco. Cofradía de penitencia vinculada al gremio de tejedores desde tiempo atrás, aunque, entonces, apenas quedaban en Carmona dos telares -por culpa del uso generalizado de la escalonilla, según el Curioso- que, libres de impuestos como medida protectora para poder subsistir, trabajaban paños catorcenos y dieciochenos, consumiendo en su elaboración mil quinientas arrobas anuales de lana merina negra, dando ocupación a treinta hilanderas, a treinta y seis cardadores y a ocho

tejedores, solamente.

Las cosas estaban cambiando. Bien visto, radicalmente. Pero esa es otra historia. Quede para mejor ocasión.